

llevan estos estudios, tiene sin duda aquella marca de genio que hasta en los trabajos de erudición cabe. El nombre de Bello debe ser de hoy más, juntamente con los de Fernando Wolf y Milá y Fontanals, uno de los tres nombres clásicos en esta materia.

Nunca tuvo tales adivinaciones y rasgos de genio la modesta crítica de D. Alberto Lista, con quien á veces, en su condición de educador, se ha comparado á Bello. Pero es cierto que Bello, aunque muy superior en originalidad y en riqueza de doctrina, tiene evidentes semejanzas con Lista en la tendencia general de sus ideas literarias, y en aquella especie de templado eclecticismo, ó de clasicismo mitigado, que aplicaba al examen de la literatura moderna. En este concepto, los *Opúsculos literarios y críticos* del uno tienen cercano parentesco con los *Ensayos críticos y literarios* del otro, obra que Bello tenía en grande estima. No rehuía Bello la crítica de pormenor, la crítica de preceptista y de gramático, y gustaba de aplicarla, sobre todo, á los que hacían intolerante ostentación de ella. Así trituro el pedantesco juicio de Hermosilla sobre Moratín y Meléndez, con no menos caudal de humanidades y de buenas razones, aunque con menos donaire que simultáneamente lo hacía en España D. Juan Nicasio Gallego en ciertos diálogos inolvidables. Pero en general picaba más alto, y, como Lista, gustaba de enlazar la crítica parcial de las obras con las teorías literarias generales y con los principios del gusto, que eran en él los que podían esperarse de un filósofo escocés sólido y sobrio y de un clásico á la inglesa: modo de entender el clasicismo que, aun en los períodos más académicos, ha sido mucho más amplio y más favorable al libre vuelo de la fantasía que el sis-

tema de la escuela francesa. Así es que Bello, traductor admirable de Byron y de Víctor Hugo, y recto apreciador de la antigua comedia española y de la poesía épica de la Edad Media, no necesitó, para hacer justicia á la poesía moderna, ni renegar de su antigua fe, ni quemar lo que había adorado, ni tampoco incurrir en la manifiesta contradicción en que, por bien intencionado patriotismo, solía incurrir Lista reprobando en Víctor Hugo lo mismo que en Calderón admiraba. Bello no transigió nunca con los desmanes del mal gusto, ni con las orgías de la imaginación; pero sin ser romántico en la práctica, y conservando sus peculiares predilecciones horacianas y virgilianas, supo distinguir en el movimiento romántico todos los elementos de maravillosa poesía que en él iban envueltos, y que forzosamente tenían que triunfar y regenerar la vida artística.

Y ahora la consideración del crítico nos pone en frente del poeta; á cuyas rimas es ya tiempo de atender, después de esta digresión, acaso larga, pero que no juzgamos inoportuna para comprender qué especie de hombre era Bello, y cuál había de ser el carácter dominante en su poesía, que no fué sino la flor del árbol de su cultura. Voz unánime de la crítica es la que concede á Bello el principado de los poetas americanos; pero esto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan. La poesía de Bello es reflexiva, y no sólo artística, sino en alto grado artificiosa, pero con docto, profundo y laudable artificio, que en un espíritu tan cultivado venía á ser segunda naturaleza. Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los

ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto dentro de su género y escuela, y en dos ó tres composiciones únicamente. Bello, de quien no puede decirse que cultivara, á lo menos originalmente y con fortuna, ninguno de los grandes géneros poéticos, ni el narrativo, ni el dramático, ni el lírico en sus manifestaciones más altas, es clásico é insuperable modelo en un género de menos pureza estética, pero sembrado por lo mismo de escollos y dificultades, en la poesía científica descriptiva ó didáctica; y es, además, consumado maestro de dicción poética, sabiamente pintoresca, laboriosamente acicalada y bruñida, la cual á toda materia puede aplicarse, y tiene su propio valor formal, independiente de la materia. En este concepto, más restringido y técnico, puede llamarse á Bello creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español, por lo cual sus versos no se confunden con los de ningún otro contemporáneo suyo, ni con los de Quintana y Gallego, ni con los de Moratín y Arriaza, ni con los de Lista y Reinoso, ni con los de Olmedo y Heredia.

Las cualidades sustanciales de esta poesía han sido apreciadas por Caro mejor que por ningún otro en las palabras siguientes: «hay en la poesía de Bello cierto aspecto de serena majestad, solemne y suave melancolía; y ostenta, él más que nadie, pureza y corrección sin sequedad, decoro sin afectación, ornato sin exceso, elegancia y propiedad juntas, nitidez de expresión, ritmo exquisito: las más altas y preciadas dotes de elocución y estilo.»

Estos justos loores han de entenderse de aquellas escasas poesías de la edad madura de Bello, en que su estilo llega á la perfección más alta. Y para declarar cuáles sean éstas, conviene dividir sus *Poesías* en tres grupos ó series, que corresponden exactamente á los tres grandes períodos de su larguísima vida: el de educación en Caracas hasta 1810, el de estancia en Inglaterra hasta 1829, y el de magisterio en Chile hasta 1865.

Las poesías del primer período, que Bello seguramente no hubiera publicado nunca, apenas tienen interés más que como tanteos y ensayos, que nos dan la clave de la formación de su gusto y de la vacilación que forzosamente había de acompañar los primeros pasos de su musa hasta que regiamente posase su sandalia de oro en las selvas americanas. Unas veces se le ve arrastrado por el prosaísmo del siglo XVIII, como en dos lánguidos, fastidiosos y adulatorios poemas en acción de gracias á Carlos IV por la benéfica expedición enviada á América á propagar la vacuna: poesía oficinesca y rastrera, indigna por todos conceptos de su nombre, y mucho más por la terrible comparación que suscita con la grandiosa oda que aquel mismo acontecimiento inspiró simultáneamente á Quintana. El numen de Bello no puede volar todavía con alas propias; pero cuando traduce ó imita, aparece fácil, ameno y gracioso, como en las elegantes octavas en que parafrasea la égloga segunda de Virgilio: en la linda y verdaderamente horaciana odita *Al Anauco*, y en el delicado y suave romancillo heptasilábico que se titula imitación de *La nave* de Horacio, y lo es, ciertamente, en cuanto á los pensamientos, pero no en cuanto al estilo, que está evidentemente trabajado sobre el modelo de las *Barquillas* de Lope. Los pri-

meros orígenes literarios de Bello quedan patentes con esto: Horacio y Virgilio y la escuela italo-española del siglo XVI, con algunos toques, aunque pocos y sobriamente aplicados, de la manera del siglo XVII, más independiente y fogosa. No en vano había sido Bello lector asiduo de Calderón antes de someterse á la disciplina de Horacio.

Un soneto, no más que mediano, á la victoria de Bailén pone término á esta primera época literaria de Bello, el cual por trece años, dedicados en Inglaterra á acrisolar y depurar su gusto con el estudio de la lengua griega y de las literaturas modernas, guarda silencio (apenas interrumpido por los bellos tercetos de la epístola á Olmedo, más familiar de tono, pero no menos pulcra y limada que cualquiera de las de los dos hermanos Argensolas), y sólo le rompe para el público en 1823 y 1827, publicando en las dos revistas que dirigió sus dos composiciones magistrales: muy desigual una de ellas, aunque sembrada de trozos bellísimos, por lo cual nunca pasó del estado de fragmentos: admirable de todo punto la otra, y tal, que por sí sola vincula la inmortalidad al nombre de Bello. Estas dos composiciones son la *Alocución á la Poesía*, más propiamente intitulada *Fragmentos de un poema sobre América*, y la *Silva á la Agricultura en la Zona Tórrida*. Una y otra se comprenden bajo el rótulo genérico de *Silvas Americanas*, y si bien se repara, son partes de un mismo conjunto, y debieron entrar juntas en el plan primitivo. Pero publicada la *Alocución*, y convencido sin duda el mismo Bello de su desigualdad, fué enfriándose en la continuación del poema, y determinó aprovechar la parte descriptiva de los fragmentos publicados, para una nueva composición

de más reducidas dimensiones, de más unidad en el plan, y de tal perfección de detalles, que hiciera olvidar la obra primitiva, enriqueciéndose con sus más bellos despojos. Por eso en la *Alocución á la Poesía* y en la *Silva á la Agricultura*, son casi idénticas las enumeraciones de los vegetales del Nuevo Mundo, y muy semejantes los epítetos con que están caracterizados; y hasta hay dos ó tres versos que se han conservado intactos:

Donde cándida miel llevan las cañas,
Y animado carmin la tuna cría;
Donde tremola el algodón su nieve
Y el ananás sazona su ambrosia;
De sus racimos la variada copia
Rinde el palmar, de azucarados globos
El zapotillo, su manteca ofrece
La verde palta, da el añil su tinta,
Bajo su dulce carga desfallece
El banano, el café el aroma acendra
De sus albos jazmines, y el cacao
Cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Quien compare esta poética enumeración con la que luego se lee en la *Silva á la Agricultura*, comprenderá el lento y sabio artificio con que Bello no se cansaba de volver al yunque sus versos; y no dejará de advertir al mismo tiempo que el círculo de sus ideas poéticas no era muy amplio cuando tan fácilmente caía en la tentación de copiarse á sí mismo. Pero, por una parte, la perfección de la segunda prueba es tal, que justifica esta especie de *auto-plagio*, si vale la frase; y por otra la *Alocución á la Poesía*, aun descartando de ella todo lo que con mejoras pasó á la *Zona Tórrida*, tiene altísimas bellezas propias, así históricas como descriptivas, que notaremos después y que hacen deplorar más amargamente que el buen gusto del autor no hubiese atenuado

la monotonía prosaica de algunos trozos, que parecen pura *gaceta* rimada, de infima calidad poética. Son, pues, ambas *Silvas* dos hermanas de muy desigual belleza, pero es imposible separarlas en el juicio, porque aun predominando en la una el carácter histórico-geográfico, y en la otra el descriptivo y moral, vienen á formar juntas una especie de poema americano, en que se cantan el clima, el suelo, las producciones y los hombres, se ensalza á los guerreros de la independencía, y se dan consejos útiles y civilizadores para lo porvenir.

El carácter de estas *Silvas* de Bello ha sido perfectamente definido por D. Miguel A. Caro, llamándolas *poesía científica*, no en el sentido de que den la enseñanza de ningún arte ó ciencia, en cuyo caso serían muy científicas, pero no serían poesía; sino en el sentido de que dan bella y viva y concreta realización á ciertos conceptos sobre la naturaleza, la moral y la historia, y se engalanan con hermosas descripciones de objetos naturales y de labores humanas, fielmente ajustadas á la precisión y al rigor del conocimiento científico, pero interpretado y transformado éste por el espíritu poético, que es una manera ideal y bella de concebir, sentir y expresar las cosas, cualesquiera que ellas sean. Tal linaje de poesía es ciertamente tan legítimo como cualquier otro, cuando el poeta sabe encontrarle; y no hay razón para restringir los dominios del poeta, privándole de los gozes de la contemplación científica, que ya en sí misma tiene á veces algo de estética, y encerrándole en un subjetivismo de pasión, que puede ser enfermizo y estéril. La facultad de convertir lo científicamente entendido y contemplado en fuente de emoción poética, es rarísima; pero por lo mismo es más digna de alabanza en quien la

tiene, y no ha de confundirse de ningún modo con la exposición rimada y pueril de cualquier enseñanza. La enseñanza directa y formal podrá ser incompatible con la poesía (aunque no lo fuera en las edades primitivas, en que la poesía fué el único lenguaje humano), pero la ciencia no lo es ni lo ha sido nunca. Si se rechaza el término de poesía didáctica, acéptese á lo menos el de poesía científica, como no se quiera excluir del arte á algunos de los más grandes poetas que en el mundo han sido. Cuando la contemplación científico-poética llega á su grado más alto, todo el sistema del mundo cabe sintéticamente en los inmortales exámetros de Lucrecio. Cuando una musa más apacible vaga por senderos más risueños, nace el arte divino de la descripción virgiliana, analítica y precisa; y á él pertenecen, aunque naturalmente á larga distancia, las dos *Silvas* de Bello. Que su ambición fué la de ser el poeta de unas *Geórgicas* nuevas, bien claro lo dijo en aquellos versos de la *Alocución á la Poesía*:

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado
Algún Marón americano, ¡oh Diosa!
También las mieses, los rebaños cante,
El rico suelo al hombre avasallado,
Y las dádivas mil con que la zona
De Febo amada al labrador corona.....

Pero aunque no lo dijera, bien claro se deduciría de su estilo y de innumerables y patentes reminiscencias; aunque en las *Silvas Americanas* abunden también las imitaciones de otros poetas clásicos, y especialmente de Horacio. Uno de los más hermosos y celebrados pasajes de la *Agricultura en la Zona Tórrida*: aquellos versos de tan severa exhortación moral á la juventud ameri-

cana: aquella pintura enérgica de la depravación y licencia de la vida muelle y afeminada de las ciudades en contraste con los austeros y varoniles hábitos de la vida rústica, es imitación muy ajustada, y en los últimos versos llega á ser traducción, de la oda 6.^a del libro 3.^o del lírico latino *Delicta Maiorum*:

*Motus doceri gaudet Ionicos
Matura virgo, et fingitur artibus
Iam nunc, et incestos amores
De tenero meditatur ungui.*

.....
.....Crece

En la materna escuela
De la disipación y el galanteo
La tierna virgen; y al delito espuela
Es antes el ejemplo que el deseo.

.....
*Non his Juventus orta parentibus
Infecit aequor sanguine punico,
Pyrrumque et ingentem cecidit
Antiochum, Annibalemque dirum:
Sed rusticorum mascula militum
Proles, sabellis docta ligonibus
Versare glebas, et severae
Matris ad arbitrium recisos
Portare fustes.....*

.....
No así trató la triunfadora Roma
Las artes de la paz y de la guerra;
Antes fió las riendas del Estado
A la robusta mano
Que tostó el sol y encalleció el arado (1),
Y bajo el techo humoso campesino

(1) En este hermoso verso parece descubrirse también una reminiscencia de Quevedo en sátira de asunto muy análogo, y hablando también del arado:

Que un tiempo *encalleció* manos reales,
Y detrás de él los cónsules gimieron.....

Los hijos educó, que el conjurado
Mundo allanaron al valor latino.

Pero el influjo de Horacio es siempre secundario é incidental en el arte de Bello, que nunca tiene la concentración lírica de su modelo, y que prefería sus *Sátiras* y *Epístolas* á sus odas. Bello no es en rigor poeta horaciano, sino poeta profundamente virgiliano. Y esto no sólo por la traducción casi literal de muchos versos, epítetos é imágenes de las *Geórgicas*, que va incrustando en sus *Silvas*, y que por lo regular nunca han sido mejor traducidos, v. gr.:

Illius inmensae ruperunt horrea messes

.....
Y bajo el peso de los largos bienes
Con que al colono acude,
Hace crujir los vastos almacenes.....
.....*Satis jam pridem sanguine nostro
Laomedontae limum perjuria Trojae*
.....
¡Asaz de nuestros padres malhadados
Expíamos la bárbara conquista..... (1).

Sin contar con otros muchos en que las imágenes de la poesía antigua aparecen rejuvenecidas por el espectáculo de un mundo nuevo, de un nuevo cielo y nuevas constelaciones:

*Maximus hic flexu sinuoso elabatur Anguis
Circum, perque duas in morem fluminis Arctos,
Arctos Oceani metuentes aequore tingi.....*

(1) Parece por el giro de la frase que Bello, además del texto, recordó aquí la traducción de Fr. Luis de León:

.....que ya *asaz* con muertes duras
Pagamos las troyanas falsas juras.....